



Año I.

Director: Pelayo Vizquete

Núm. 9^o

Celebridades.



Cánovas.

Por la energía indomable de su carácter, por el vigoroso empuje de su palabra y la dialéctica asombrosa de sus discursos, mereció que se le denominase el *monstruo*; tantas y tan grandes eran las cualidades que atesoraba su brillante imaginación meridional.

Yo no sé si él hubiera evitado la guerra injusta que nos puso al borde de la ruina; pero cuando se recuerdan las fáciles soluciones que encontraba siempre para los conflictos más graves, el pensamiento discurre desesperado por aquella muerte que nos le arrebató en plena lucha, en el período más activo y grande de su vida.

Nosotros, casi contemporáneos de su labor política, no podemos juzgar serenamente, sin ofuscaciones ni apa-

sionamientos, las ventajas ó errores del programa que desarrolló cuantas veces ocupara el poder.

Lo que sí puede asegurarse es que había estudiado nuestro país, tenía la convicción de sus opiniones y, fanático por las glorias nacionales, demostraba constantemente un amor acendrado á esta pobre tierra española, inerme y destrozada.

Había protestado siempre de las censuras que con frecuencia se dirigen á los españoles por no haber sabido conservar el imperio, donde *el sol no se ponía*, juzgándolo con palabras tan dignas de recordación como las presentes: «Tuvimos una grandeza extendida por toda Europa, con naciones distintas, con lenguas y costumbres diversas, y claro es que, cualquiera que hubiera sido el espíritu que nos hubiese animado, nuestra decadencia era de todas suertes inevitable. Lo que debe sorprender á todo el que estudie profundamente nuestra historia no es que perdiéramos un día el Rosellón, y otro Portugal, y otro el Artois, y otro Flandes: lo que verdaderamente sorprende es que mantuviéramos por tanto tiempo todas esas grandezas desde estas pobres y estériles llanuras de Castilla».

Buscando en los clásicos sus más bellas inspiraciones, nos ha legado modelos históricos tan admirables como los estudios sobre la grandeza y la decadencia de España y los ensayos políticos.

No fué tan afortunado en la poesía; pero es preciso notar que todas sus composiciones pertenecen á la época de sus primeros pasos literarios, cuando aún no se había orientado, haciendo toda clase de tentativas hasta en el género novelesco con *La campana de Huesca*.

14 Enero 1900.

Ignoro hasta qué punto la historia exigirá responsabilidad á los hombres inmortales, y no queriendo usurpar su misión, elevemos el pensamiento, librándonos de las profundas angustias de juzgar con parcialidad ó de enaltecer con apasionamiento á uno de los más grande estadistas españoles.

J. Pérez Guerrero.



LA CUESTA DE ENERO

Hemos comenzado á subir la llamada cuesta de Enero.

Los infelices funcionarios públicos que han percibido su haber el día 21 de Diciembre, no volverán á recoger el codiciado *cumquibus* hasta el día 31 del presente mes.

Y en el interin, tendrán que vivir privados de una porción de placeres, entre los cuales se cuenta el de tomar café en la oficina... con perjuicio de los asuntos oficiales.

Ya no habrá aquello de entregarse con fruición al rico moka, digámoslo así, mientras duerme el sueño de la taquilla el voluminoso expediente en que está interesado todo un partido judicial.

—Rodríguez, ya sabe usted que el director tiene empeño en que se despache pronto el asunto de Villatorda.

—Que se espere. Lo primero es el café.

¿Y los teatros? ¡Oh, los teatros van á arrastrar una existencia desdichada mientras dure la aborrecible cuesta!

Mal anda el llamado género grande, pero ahora estará peor.

Ni la Tubau, ni la Pino, ni la Argüelles conseguirán llevar á sus respectivos colises al que hemos dado en llamar público distinguido.

Ya no basta que los actores serios estudien sus papeles con *amore* y ensayen posturas é investiguen lo más recóndito para copiarlo fielmente y conmovernos.

Ahora, lo único que priva, hasta cierto punto, es el género cómico subido, y entre ver á Vico dando las boqueadas en *La muerte civil* ó ver á Rodríguez dando saltitos en Apolo, el público vota en favor del segundo.

Aquel arte serio que tanto entusiasmaba á nuestros mayores ha pasado á la categoría de sublime antigualla.

Aún parece que fué ayer cuando cierto actor concienzudo se revolcaba por el suelo antes de salir á escena, á fin de poder representar con toda exactitud el papel de un hombre que acababa de pelearse con su rival y de hundirle su daga en el corazón.

Estaba yo una noche hablando con este actor, esclavo fiel de la propiedad escénica, y me dijo de pronto:

—Con permiso de usted, voy á revolcarme un rato.

—¡Qué capricho!

—No es capricho: es la necesidad imperiosa del arte que profeso. Sin propiedad escénica no hay drama posible...

Bien; pues ahora ve usted salir á escena á Donato Jiménez, pálido, ojeroso, con los pelos de punta y la levita desabrochada, y se dice usted:

—¡Cielos! ¡Aquí va á pasar algo gordo!... Me voy á ver á Carreras.

Luis Taboada.



DE 'RE' LITERARIA

(Versos, POR VICENTE CASANOVA.)

II

Decía en mi artículo anterior que Casanova es un poeta; y decía también que su libro no carece de defectos, como no faltan en el de cada hijo de vecino. Desde luego aconsejo al poeta que escriba poca poesía épica: esta manifestación del arte literario exige una elevación y una grandeza de inspiración que yo no veo en Casanova. No es que éste alardee de épico; pero se observa en el libro una nota que quiere serlo; y notas épicas que no nos conmuevan hondamente ni nos arrebatan, no pueden calificarse de tales. La brevedad de la composición acaso contribuya á que Casanova no despliegue sus facultades de épico; pero entiendo que aun en un verdadero poema no se vería en nuestro poeta esas facultades, porque no las tiene.

Casanova no está siempre muy afortunado en los adjetivos: calificar de *revollosas* las alas de las *mariposas* me parece muy oportuno para llenar el verso con el consonante necesario; pero inoportuno para la propiedad y hermosura del lenguaje.

Dice Casanova:

Montañas de granito trabajado
donde la luz se quiebra en sus cristales.

Aparte el granito *trabajado*, que es muy poco poético, no sabemos si los cristales son de las montañas ó de la luz; es decir, que hay anfibología, la eterna oscuridad que engendra el mal uso del posesivo *su*.

Todo acaba en fatídico desmayo
como acaba el lucero de la tarde.

El lucero de la tarde no *acaba*, como no acaba el sol ni la luna, aunque de la luz de estos cuerpos celestes se diga que desaparece, que se desvanece, y de tales cuerpos que *se ponen*, etc.

También Casanova tropieza de cuando en cuando en el uso del pronombre de tercera persona. En el verso

Mandándolas sus odios con sus olas,

la palabra *mandándolas* debe ser *mandándoles*, aunque sea femenino, porque ahí el pronombre es dativo y es de muy mal efecto el acusativo.

Y hoy con cintas azules,
verdes y rojas,
las cartas á mi vuelven
tan amorosas;
cuyas cartas dejaron...

¿Cuyas cartas? ¿Las cartas de quién? El pronombre *cuyo* encierra una idea de posesión que rechaza en absoluto esos usos. Estos son defectos que debe corregir Casanova: los defectos de métrica son de muy poca monta cuando el poeta sabe pensar y es capaz de sentir; pero siempre es digna de censura la falta, aunque sea leve, de gramática. El desorden retórico propio de la inspiración no está reñido con el bien decir. Un verso *cojo* ó mal acentuado puede pasar; pero no pasa del mismo modo una impropiedad de lenguaje ó una confusión gramatical, que siempre debe evitarse.

Y ¿á qué seguir esta tarea? Demasiado ingrata es para hallar en ella contentamiento. Necesaria encuentro la crítica de palabras: ¿por qué no? ¿Por qué hemos de rechazarla absolutamente ante la crítica de ideas? Ambas son excelentes; ambas pueden influir en la juventud literaria cuando se ejerce con la buena fe y la mesura convenientes; y harto ridículo me parece el desdeñar esta crítica como en la actualidad se desdeña, aunque hay que advertir que la han hecho digna de desdén cuatro caballeros que desfogan sus pasiones de mala manera en la persecución de ripios

y de deslices retóricos, que, al fin y á la postre, padecen y han padecido los poetas de todas partes y de todas castas.

Y no pongo ejemplos porque no me place.

Don Gil de las Calzas Verdes.



LA MORTALIDAD

Ha publicado la *Gaceta* una estadística de las defunciones ocurridas en Madrid durante el año que también acaba de finar (séale la historia leve) y de ella resulta que ha muerto mucha más gente que en el año anterior.

Indudablemente se habrán muerto de gusto.

Porque aquí contamos con un Ayuntamiento, una Diputación, un Consejo de Sanidad, una flamante Dirección de lo mismo y hasta una fábrica de azúcar de remolacha encargados de hacernos dulce la existencia.

El clima es variadísimo, como cumple á una ciudad civilizada y cosmopolita. En cuarenta y ocho horas pasamos desde el helado hasta el ardiente polo, á fin de que la juventud pueda lucir en un mismo día las galas primaverales y los abrigos de riguroso invierno.

Hay termómetros que se han vuelto locos de tanto subir y bajar.

Del agua no se hable. Hubo un tiempo en que pudimos tacharla de sosa, de incolora como á las comedias mediocres, pero lo que es ahora no hay medio de acusarla de mediocre: es ocre puro.

Y, sin embargo, por el color no nos cobran nada.

Mientras que el advenimiento del color ha ocasionado el subsiguiente aumento de precio en la prensa semanal ilustrada, la misma mejora aplicada al agua potable se ha hecho gratis y desinteresadamente; es obra generosa del Sr. Marqués de Aguilar de Campóo, nuestro celoso alcalde del río revuelto.

Los alimentos son higiénicos y sanos. Aquí llega lo mejor que Dios cría en toda España: el pescado de los puertos, las frutas de Valencia, las verduras de Aragón, los embutidos catalanes y de Extremadura. Si algo llega en mal estado de conservación, para eso están los tenientes de alcalde: lo cogen, lo decomisan y luego se lo dan á los pobres: ¿qué más pueden pedir?

Repito que sólo la gente que se muere de gusto es la que ha podido hacer subir la cifra de la mortalidad en la villa y corte.

¿Quieren ustedes la prueba? Observen que las pulmonías se cogen después de una velada agradable, al salir de los bailes ó del teatro; probablemente del tífus nos contagiaremos en los mismos coliseos, y en cuanto á la tuberculosis, esa terrible enfermedad á la cual hemos declarado guerra á muerte, en vista de que la peste bubónica no toma varas, sabido es que también puede tener su origen en los joigos y expansiones juveniles.

Claro es que obedece también á otras causas.

La clase media jabusa tanto de los tubérculos!

De todas maneras, la muerte en Madrid se presenta adornada con tantos atractivos que no hay más remedio que entregarse.

El lujo de las pompas fúnebres, la edificante emulación de las Funerarias, los mil detalles recogidos por el noticierismo fúnebre parecen decirnos:

¿A qué aguardan ustedes? ¿Cuándo se verán en otra?

Y á tal grado llega el orgullo de esta ó de la otra empresa al afirmar en letras de molde que eran de su propiedad la cama imperial, los uniformes á la Federica y la carroza estufa empleados en el entierro de D. Perengano, que le hacen á uno exclamar viendo el desfile del «luctuoso cortejo»:

—¿Quién sabe! ¿Se habrá muerto este señor por cuenta de la Funeraria?

Luis Royo Villanova.

AMOR MUERTO

Á D. C. APARISI Y GUIJARRO:

Él.—¿Sigues con la misma idea?

Ella.—*¡Per secula seculorum!*

—Amén. Hagámonos la ilusión de que estamos velando un cadáver: nuestro amor muerto... Siéntate en aquel lado, que yo haré lo mismo en este otro. ¡No sonrías, que es mi alma la que habla!

—Comienzas á ponerte triste y á enfadarte conmigo, sin que yo tenga la más mínima culpa.

—¡Silencio! Mira la cara del amor, ¡qué pálida!... ¡Parece la primera rosa que te di, cuando se quedó marchita!... Yo quisiera entreabrir sus párpados, por saber si sus ojos aún conservan algo del fulgor de su mirada... Sus labios cárdenos dan paso á un silencio que mata... ¡Qué triste figura!... ¿Y tú, tú eres la que debías haber cuidado siempre amorosamente, con delicias sin fin este yerto cadáver?... ¡No, no puede ser; tú le has despreciado en sus últimos momentos y eres una perjura!... ¿No tienes remordimiento?... ¿Lloriqueas? A buena hora! Triste es decírtelo, pero la perfidia siempre se acompaña de lágrimas... Desprecio tu llanto, porque si le hiciera caso se embotarían mis sentidos de ira, se crisparían mis nervios, la sangre me cegaría, y teniéndote cerca lo más lógico sería matarte á besos, aplastarte el pecho á fuerza de abrazos, dejarte ciega á fuerza de miradas, sorda por el continuo susurro de frases amorosas, hendidó el cráneo al posar en él mis dedos, ahogarte al tocar la epidermis de tu cuello; en una palabra, me vengarían las caricias...

—¡Estás loco, todo son devaneos, tienes fiebre, sueñas, deliras!

—¿Qué dices en voz baja? ¿qué murmuras?... ¿Rezas?... ¡Ah! ¡Pues si rezas estás perdonada!... Vete y que te acompañe la Virgen bendita, yo sólo velaré el cadáver de nuestro amor muerto. Son tristes estas últimas palabras, si, tan tristes como la hoja seca del árbol macilento; como la nota lánguida del final de una melodía; como las últimas palabras de una plegaria; como las notas sueltas de la lira de la tristeza, pulsada por los dedos de un decrepito... Pero vete; ¡vete y que te acompañe la Virgen bendita!..

E. Fernández y Gutiérrez.



¡FATALISMO!

Todos los expedientes de que me valí para lograr el amor de Blanca fueron inútiles; su desprecio era tan grande como su virtud. En vista de ello, me lancé á los viajes, remedio heroico que emplean los desesperados que son á la vez capitalistas, y durante dos años recorrí Europa desde Laponia á Grecia, resistiéndome siempre á embarcarme, por el miedo instintivo que me inspiraba el mar. Sin embargo, un día que contemplaba desde el muelle de Ragusa las embarcaciones fondeadas en el puerto, dejando que atormentaran mis oídos las cadenas que crujían estivando y desestivando los buques, me acordé de las palabras de Mahoma: «La hora final está predestinada por Dios, y los que perecieron en el combate de Ohod, si se hubieran quedado en sus casas, no habrían evitado su destino». Decidíme, pues, y tomé pasaje para Charleston en un buque noruego, el *Drontheim*, del que me dijeron que, si no tenía excelentes condiciones marineras, en cambio, iría en él como en una cama.

Recuerdo el momento de mi partida como si fuera hoy. Nos hacíamos á la mar á las ocho, y á las cinco ya estaba yo en el amplio comedor del Hotel Moscovita preparándome para embarcar. Como tal hora de comer era extraordinaria, sólo habían encendido cuatro luces, y aquello me pareció un mal presagio. Miré el reloj setenta veces y pregunté otras tantas que cariz presentaba la noche. Lloviznaba y una espesa neblina se extendía por la ciudad. De vez en cuando llegaba hasta mí el ruido que hacía la sirena del buque, como recordándome que debía trasladarme á bordo y deteniendo junto á mis labios trémulos el manjar que llevaba apresuradamente á mi boca; entonces el camarero, que esperaba una gran propina, me invitaba á comer mucho para soportar mejor el mareo.

A las seis salí del hotel.

Un coche me esperaba á la puerta y me condujo al muelle. El mar no se veía; la niebla disfracaba el puerto y en la sombra se destacaban algunos faroles, como esos puntos de luz que se ven perdidos en la inmensidad de los campos al paso de un tren. Sobre el puente del *Drontheim* se veían cruzar hombres silenciosos como fantasmas, entregados á la maniobra. El buque estaba inmóvil y por sus altas chimeneas se escapaban dos nubes de humo negro. Veíanse aún llegar algunos mozos de carga con los equipajes de los rezagados, pero no se oía más rumor que el de las cadenas que desatracaban. Era el momento del silencio solemne que precede á los largos viajes. Los pasajeros, especialmente las señoras, esperaban, recogidos en sus cámaras, la salida del barco, que se verificó casi sin darme cuenta. Noté que aquella mole se separaba con lentitud del embarcadero y poco después empecé á escuchar los golpes de la hélice y las viradas del timón. Entonces me acerqué á un marinero y le expresé mi admiración por la calma que se sentía.

El hombre sonrió, y señalándome hacia la sombra dijo:

—Allá fuera la mar está dura; no tardará un minuto en empezar el baile; si navega usted por primera vez, échese usted en su litera y procure dormir; así podrá dar largas al mareo.

Me dirigí hacia la escotilla y vi ya la población á mucha distancia, con sus luces, sus resplandores y su aspecto de vida. Un hombre, envuelto en un largo gabán, cuyo cuello llevaba medio subido hasta su gorra de viaje, pasó junto á mí con el deliberado propósito de llamar mi atención.

—Buenas noches—me dijo con el tono del que quiere entablar en seguida un diálogo muy familiar. Al fin nos alejamos ¿eh? Hace un fresco de los demonios. ¡Bruu!

—Corre fresquito—respondí—pero es muy suave. Tal vez sea que estoy notando la proximidad de la máquina... ¿Usted estará tal vez delicado?...

—Ca, no señor, ni siquiera soy friolero.

—Entonces...

—¿Le sorprende á usted mi gabán?—me respondió haciendo gala de una locuacidad pasmosa.—Lo llevo de muestra, caballero. Soy representante de la casa «Ton y Ton», de Milán, la que mejor fabrica tejidos de lana y la que ha ganado más premios en todas las Exposiciones, así del reino como extranjerías. Gran clase, diagonal, sin adulteración, forros almohadillados; se lo cedo á usted en 70 dracmas. ¿Conviene?

Diciendo esto y después de enseñarme hasta los pespuntos, intentó despojarse de la prenda, pero el mar no le dejó.

Crujió el buque, se elevó un instante y luego pareció hundirse, dejándonos sin respiración con el primer cabeceo, que fué terrible. Apoderóse de mí un malestar inexplicable, y agarrándome donde podía bajé á mi cámara; allí, tendido, aspirando esencia de limón y procurando conciliar el sueño, oía á los pasajeros mareados, los gritos de algunas señoras presa de violentos ataques nerviosos, el llorar de los niños, el roce inexorable de la cadena del timón, la trepidación de la hélice y el rumor de la marejada que rompía en los costados del buque, y que mi compañero el comerciante hubiera comparado sin duda al que produce una pieza de seda desarrollada con rapidez.

Serían las tres de la madrugada cuando un espantoso alarido me llenó de estupor.

Era un grito de muerte que repetía:

—¡Fuego á bordo! ¡Fuego á bordo!

Oíase pasos presurosos por las escaleras, y sobre cubierta sonaban rumores extraños, silbidos estridentes y el toque incesante de la campana.

Subí al puente y al dirigirme á proa vi al comerciante del gabán luchando con un marinero para quitarle un salvavidas.

Ensordecían los clamores de las mujeres y el capitán procuraba inútilmente hacerse oír; de repente tembló la cubierta, y una espesa columna de humo salió con tal intensidad que no parecía sino que las llamas consumían ya el coronamiento de popa.

Un acento enérgico dominó los gritos de espanto.

—¡Los botes!—gritó el capitán.

—¡Orden! ¡Calma!—repetían por todas partes.

Alrededor de cada bote se tendió un cordón de marineros. En las manos de algunos hombres del pasaje vi brillar las armas, y todo para situarse en el mejor lugar. Hundían á codazos el pecho de las mujeres que demandaban únicamente protección para sus niños y los alzaban sobre sus cabezas ó los estrechaban con frenesí. Entonces me hice cargo de lo grande que es la figura de la madre en estos momentos de peligro y de cuánta abnegación es capaz. Súbitamente en aquellos semblantes enloquecidos aparecían las señales del temor y de la esperanza. Los hombres, mientras, se empujaban blasfemando, hiriéndose, disputando palmo á palmo el terreno más próximo á las bordas. Durante una pausa de aquel clamor horrible se oyó un cañonazo á lo lejos y una voz que decía:

—¡Buque á estribor!

—¡Dios viene en nuestro auxilio, ¡ánimo!—rugía el capitán.—¡Que nadie se precipite ó le aniquile!

—¡El cañón de señales!—gritaba el segundo, y la sirena lanzaba en medio de la noche y del mar sus sonidos plañideros, y allá entre la bruma, respondía como un eco la sirena del otro buque, cuyos fanales de situación se percibían más cada vez. El fuego tomaba proporciones aterradoras y las rachas de viento acostaban el humo sobre la cubierta, ahogándonos é impidiéndonos percibir los estragos que hacían las llamas. A su intenso resplandor se veían ondular las pesadas volutas de niebla, que parecían las olas de otro mar de sombra pronto á desplomarse sobre nosotros. El embarque en las lanchas se hizo con bastante orden; ya se habían alejado algunas y sólo quedaba el bote del capitán, cuando una mujer, única que quedaba á bordo, se lanzó hacia adelante con su hijo en los brazos. Quedaba un sitio nada más y se la esperaba para forzar de remos y alejarse, dejando á lo hombres entregados en manos de la Providencia, cuando el mercader del gabán empujó á la mujer brutalmente y se quiso lanzar al bote. Como si esto hubiera sido una señal, se entabló una lucha repugnante y bárbara y todos los pasajeros quisieron disputarse el paso. La mujer rogaba de rodillas al comerciante, que era su esposo, que á lo menos se salvara salvando á su hijo; pero él, presa del mayor pánico, la sujetó por el cabello y la arrojó hacia atrás. Entonces se oyó una detonación, y el mercader, con la cabeza destrozada, rodó sobre cubierta. Nadie sabe quién disparó; el tiro partió de la altura y sólo vimos sus efectos terribles. Parecía que era un alma noble la que había tirado del gatillo. En cuanto á mí, puedo asegurar que más que el horror del momento me aterrorizó el rostro de aquella mujer que parecía una sombra evocada por la fatalidad en aquellos instantes supremos. Sus bucles rubios, sus ojos azules dilatados por el terror me trajeron á la memoria el origen de mi desdicha.

—¡Blanca! ¡Blanca!—grité lanzándome hacia ella, que me miró sin admirarse, como si ante su vista hubiera pasado una nube, y no un recuerdo de otra época. Vi la rubia cabeza del niño destacarse sobre aquellas sombras que se agitaban, de olas y brazos, vi á la infortunada descender al bote y la vi también alejarse como la última ilusión de mi agonía.

Subieron las llamas y el mar; las llamas silbando, buscando el infinito; el mar hirviendo, rencoroso, buscando imaginaeiones que apagar y cuerpos que herir.

Se oyeron la voz espantosa de las catástrofes, el ¡sálvese quien pueda! y el rumor de las imprecaciones y el murmullo de los rezos.

—La hora final está predestinada por Dios—me dije á mí mismo,—y subiéndome á la borda y santiguándome, encomendé mi alma al Ser supremo y me lancé al mar. No estaba escrito que muriera en él.

A la mañana siguiente me hallaba á bordo del buque que nos había salvado; el mar aparecía desierto, las olas tranquilas, el cielo diáfano. La mayor parte del pasaje había sucumbido.

De pronto vi á Blanca que se dirigía á mí llevando al niño de la mano y el pañuelo en los ojos.

—¡Jorge!—exclamó.—En triste momento nos volvemos á ver!

—¡Dios lo ha querido así!—dije con voz trémula.—Ya sabe usted que donde voy va conmigo la fatalidad. Seque usted sus lágrimas y piense en el porvenir de su hijo.

—¡Pobre huérfano!—respondió la desventurada, besando con deleite al niño, que balbució el nombre de su padre mirando al mar, como echándole en cara su perfidia. Confieso que me sonmoví.

—¿Iba usted á Honduras?—me preguntó después con voz conmovida.

—A San Salvador.

—¡Pobre Jorge!

—¿Y usted, señora?

—A Charleston; mi marido pensaba allí montar un gran tráfico.

—Perdone usted que le diga—exclamé con voz rencorosa—que la amaba á usted poco.

—¡Dios le perdone! He sido con él muy desgraciada.

—¡Se portó como un miserable!

—¡Dios le castigó! añadió suspirando.—Jorge, usted lo ha dicho: hay que pensar en lo porvenir.

Comprendí que aquella mujer no había nacido para ser la esposa del representante de la casa Ton y Ton, de Milán; pero ¿tenía yo la culpa de que se hubiera casado con él? ¿Por qué había de tomar en calidad de viuda á la que adoré como se adora siempre lo que constituye nuestro primer amor? Quise aparentar lástima y me mostré celoso. A los diez días de vernos sobre el puente y en la toldilla sus ojos y los míos entablaron conversaciones deliciosas, y aún traté de huir... Me entregué á la ciencia, entablé discusiones de náutica... ¡Todo en vano! Lo mismo que la ráfaga empuja á la vela, todos mis actos los empujaban sus suspiros. Además, el chicle me miraba con esa dolorosa ingenuidad de los niños en cuyos ojos queda reflejada la primera catástrofe que ven, y aquello acabó de vencerme. Vi en el matrimonio una estación risueña del largo viaje de la vida, y me casé con Blanca.

A eso se debe el que no haya viajado más. Pero ¿soy dichoso? Lo único que puedo decir es que creo intimamente que Dios me impulsó hacia el *Drontheim* y que estaba escrito que había de pasar por un incendio y un naufragio antes de poseer á la más dulce de las mujeres.

Leopoldo López de Saá.

Por correo.

A. S.—No me disgusta; pero hay necesidad de corregirla. Debe usted suprimir los términos regionales, que no entienden todos, y tener mucho cuidado con los pronombres de tercera persona:

cuando los truenos *les* acobardan

está mal dicho, porque *les* es dativo, y aquí es necesario el acusativo; debe usted escribir *los*, para que resulte la expresión correcta.

E. A. y V.—No puede ser

S. A. N.—Muy vistas, muy vulgares.

J. S. L. de C.—Pero ¿qué le han hecho á ustedes las mujeres, que tan mal las tratan? Le advertiré á usted que Dios descansó en el día *séptimo* de la Creación.

J. O.—Barcelona.—Gracias por sus elogios y aún más por sus consejos. Agradezco las advertencias de todos cuando son dignas de atenderse, y las sigo cuando redundan en provecho de la mayoría. El *burla burlando* lo he suprimido.